

Plutarco en la encrucijada lingüística greco-romana

Manuel Cerezo Magán

«... pero en Roma y en mis estancias por Italia, como no tenía tiempo libre para ejercitarme en la lengua latina por razón de mis obligaciones políticas y de los que se me acercaban por causa de la filosofía, tarde y ya entrado en años comencé a entrar en contacto con la literatura romana».

(Plut. Vida de Dem., II, 2)

Cuando André Martinet (1) afirma que todo ser humano pertenece a una comunidad lingüística, sólo a una, está expresando una realidad que tiene su realización no sólo en niveles sincrónicos. También es cierto que no son intercambiables los conceptos **NACION/LENGUA**, entre otras razones porque una comunidad lingüística está conformada por elementos y fenómenos estructurales muy diversos que van dando alma a la lengua en sus valores diacrónicos: es el capítulo de los substratos, de las evoluciones fonéticas y morfológicas, los desplazamientos estructurales; en definitiva, la herencia congénita, además de los aspectos psicológicos y sociológicos que el individuo aporta. Todo ello, no debemos olvidarlo, tiene también su traducción en el mundo antiguo, en el que van a entrar en contacto dos lenguas cultas, el griego y el latín. Desde la conquista de Grecia, muchos griegos se encontraron cómodos en los límites del imperio romano, aunque sólo fuera por el hecho de que los romanos encontraron griegos muy iguales a ellos mismos y no hicieron con Grecia otra cosa que repetir el esquema persa con respecto a las colonias jónicas de Asia Menor, es decir, apoyar a los ricos en el control de las ciudades. Pero de todos modos, la situación no es exactamente comparable, al menos en su aspecto lingüístico, con hechos paralelos que se han venido dando a lo largo de la historia lingüística de los pueblos, de lo que en nuestra geografía peninsular tenemos claros ejemplos; el factor *prestigio*, concepto típicamente griego que se mueve de forma *agonística* en toda la literatura y el pensamiento heleno desde Homero actúa ante el mundo romano como elemento inmunizador que hace que la lengua en la que se mueve el poder político respete e incluso adopte como suya una lengua y una cultura extraña, hasta el punto de que César, Sila, Cicerón, Pompeyo, etc. conocían y practicaban la lengua en la que Homero expresa su famoso:

«aíen ariteúein kai hypeírochon émmenai állōn» (2)

«Ser siempre el primero y estar por encima de los demás».

que, en cierto modo, coincidía con el concepto de clase de muchos optimates romanos, aunque ya algo deslucido en sus valores semánticos de los conceptos homéricos *aidos*, *kýdos* y *kléos*, que hacen bautizar a Dodds, E.R. (3) como una «*Shame-Culture*». Ello hace pensar que la necesidad de aprender latín para un griego no era tan apremiante, como al revés, sobre todo si se movía dentro de los límites de su *status social*. Es así que vemos como, a pesar del supuesto desconocimiento de la lengua latina confesado por Plutarco, (4) no nos sorprendemos que se moviera con soltura por el mundo romano, como tampoco que Nerón, a quien Plutarco admiraba por su evidente filohelenismo, diera la libertad a la provincia romana de Acaya, es decir, Grecia.

Cuando trabajamos con una lengua de la que sólo nos resta el substrato material sincrónico correspondiente al momento de su realización escrita o, al menos, de su transmisión manuscrita (el códice, los fragmentos que han llegado hasta nosotros o los papiros que las arenas de Egipto nos van retornando), la situación se hace difícil; y ello a pesar de que su fuerza literaria, cual es el caso de la lengua griega, sus recursos estilísticos, su brillo estético, su esplendor, el fulgor de su pensamiento arriba a los puertos de nuestra cultura occidental de forma tan nítida, que un texto, por ejemplo, del siglo V a. J.C. puede tener una inmediatez y una frescura tal como para entonar un admirable *nihil noui sub soli*.

De forma que, aún a riesgo de simplificar demasiado las cosas, se puede decir que en la relación lingüístico-cultural *mundo griego/mundo romano*, el fiel de la balanza se inclina del lado del primero, cosa que nadie mejor que Horacio conocía. Así, en la *syncrisis Lisandro-Sila*, a pesar de que la simpatía de Plutarco no está al lado de Sila, del que dice que se hace a sí mismo *dictator* (¡transcribiendo la palabra latina y no usando, como en otras ocasiones *autocrátôr!*), a pesar de que en un «*tienen lo que se merecen*» dice que no es extraño existan tiranos en una ciudad que obra el mal (5), reconoce que Sila cuando conquistó Atenas se portó mejor con la ciudad que el propio Lisandro cuando hizo otro tanto en 404 a. J.C. Y, si bien, como dice Jones, C.P. (6), la interrelación fue en ambos sentidos, las auras helenas fueron más intensas.

Pero, si intentamos utilizar la *mirilla* no de la puerta hacia fuera, sino al revés, nos podríamos encontrar con auténticas sorpresas en el orden lingüístico. Dicho de otro modo, si el autor que tenemos entre manos es un griego que intenta dar una imagen impresiva de unidades culturales latinas, en las que por fuerza las dificultades técnicas de transmitir el mensaje a quienes le leen en una lengua tan rica en posibilidades como la griega son evidentes, sobre todo cuando no existe un paralelismo que lo facilite, no dejamos de sorprendernos a cada paso. Así dice (7) que Valeria dio a luz a una hija, después de la muerte de Sila, a la que puso de nombre *Póstuma*, transcribiendo la palabra (a veces utiliza el «*calco*») y añade: «*pues a los que han nacido después de la muerte de los padres llaman así los romanos*».

En definitiva, en lo que respecta al mundo griego, la tesis de Martinet (8) de que no siempre la ecuación *NACION = LENGUA* corresponde a una realidad, sino que en muchos casos es errónea, se da en el sentido de que el mundo romano, sobre todo aquel sector de población que se movía en una élite cultural, política, social determinada, respiró, vivió y respetó el mundo helénico, pero nunca intentó destruirlo, sobre todo en los aspectos de la cultura y de la lengua. De esta forma Plutarco, hombre culto en grado sumo

e interesado por la historia de Roma, que se movió y viajó mucho por el imperio romano, que tuvo amigos entrañables en él, se deja guiar de su connatural *peithô*, *persuasión*, (no olvidemos su formación retórica de sus años de juventud) y se lanza al difícil afán de contagiar al lector, de comunicarle su entusiasmo que en ocasiones llega a ser placentero, lúdico, creando una atmósfera cálida, un ambiente atractivo, un interés desconcertante; de este modo el griego (o el romano que lee en griego) no puede renunciar a continuar su lectura una vez comenzada. Sirva de ejemplo cuando, precisamente al comienzo de la Vida de Pompeyo (9), con cierta intencionalidad, Lucio Filippo se llama a sí mismo *Filoaléxandros*, *amigo de Alejandro*, saliendo al paso de los chistes que se hacían con respecto al parecido de Pompeyo con Alejandro. No olvidemos que la *identidad mental* que hace Plutarco de Pompeyo es constante a lo largo de esta Vida, como un martilleo pedagógico que se va repitiendo de cuando en cuando; en ello, como dice Jones, C.P. (10), se traduce el propósito del propio Plutarco de *personalizar* leyes morales con la elección de sus protagonistas, en los que prefiere hombres de acción, tal vez porque son los que mejor transmiten en mensaje de una *aretê*, que desfila ya desde los primeros capítulos en un *párodos* escénico relevante, en el que brilla refulgente el *génos* del protagonista; y ésto ocurre en la Vida de Catón, en la de Pompeyo y en tantas otras, hasta el punto que es completamente vital para el autor en cuestión detenerse en aquellas líneas que diseñan el árbol ge-nealógico de su personaje: es una *preocupación* que le absorbe, y no por otra cosa sino porque su mente está organizada culturalmente de un modo diacrónico en el que los valores homéricos de la *aretê*, como privativo de una clase que es objeto de los *kléa andrôón*, a cada momento, como un corcho al que se le obliga a hundirse, se lanzan hacia arriba desde su estructura mental profunda. Es decir, transcribe al terreno literario su ética de clase. Y para ello echa mano de todos los recursos lingüísticos a su alcance, ya sea escoger vocablos tomados de la escena griega, o como (11) a Flora, cortesana que continuó amando a Pompeyo a lo largo de toda su vida, la llama *hetaira*: el esfuerzo *didáctico*, casi *paradigmático* de escoger vocablos que tengan unas connotaciones especiales para quien lee *en griego* es, en este caso, a todas luces evidente; seguramente el autor no hace con ello otra cosa sino poner en práctica la idea gorgiana de hacer penetrar un mensaje en el alma del receptor por *vía irracional* utilizando como vehículo la palabra; es simplemente *psichagógicós*. Ib. (12) cuando utiliza *esycophanteîto*, un término judicial del derecho ático expresivo en este caso de la denuncia o reproche de sus amigos por su abandono de los negocios públicos; indudablemente ninguna palabra como ésta podía comunicar una imagen más impresiva, ya que la simple mención de *sycophántês* causaba horror entre los atenienses nada más oírlo (13), a pesar de que son múltiples las posibilidades en la lengua griega de vocablos que significan *acusar*.

La *sýncrisis*, en realidad, no sólo se produce a nivel de una vida con otra; Plutarco, en su deseo de interpretar lingüísticamente un mundo distinto al suyo, deja subir a la superficie, explícita o tácitamente, unidades socio-culturales de su subconsciente histórico que *con-viven*, entendiendo *con-viven* en su dimensión auténticamente etimológica, con la del mundo que intenta iluminar, en un esfuerzo impresionante por superar la frontera lingüística. Baste, a modo de ejemplo, cuando (14) Pompeyo hace la defensa de su padre por malversación de fondos públicos; a pesar de que utiliza el término *díkê* en lugar de *graphê*, que es el que le correspondería en buena lógica, en su intento de reproducir los correspondientes latinos, echa mano de abundantes términos jurídicos sacados del

espacio cultural griego, que son los que encontramos en el *Athenaiōn Politeía* de Aristóteles (15), en Lisias, en Demóstenes, etc.: *apédeixe, toîs árchousin, katêgoreîto, proágonēs, katêgoron*, etc. En medio de esta verborrea jurídica brilla esplendorosa la *phýsis* de Pompeyo dejando traslucir la idea del buen hijo que respeta el *génos* familiar, posiblemente haciendo uso del sofisticado *tón héttō lógon kreíttō proieîn, reconvertir el argumento débil en fuerte*. Ese esfuerzo se hace patente en numerosas ocasiones cuando explica costumbres romanas, así cuando dice que Silvio, un esclavo de Poncio, en un rapto de inspiración divina, anuncia a Sila un éxito militar el *día antes de las nonas quintiles*; y añade: «*que ahora llaman Julio*»; naturalmente el *ante diem* está siendo transliterado. No olvidemos que Sila para Pompeyo es la *personificación* de la *eutychiá*, la *felicitas*, como Pompeyo lo es de la *sophrosýnē* y de los valores antiguos de la *aretē*, de la *uir-tus*. Cf. también (17) cuando Cinna está a punto de morir a mano de un centurión y éste de rodillas le muestra un sello muy valioso; la respuesta del centurión «*all*» *oúk eggýēn érchomai sphragiούmenos*, «*no vengo a sellar una promesa de matrimonio*», sirve, además de para dar una imagen dramática del hecho en cuestión, para transmitir esta misma a través del paralelismo funcional que se desprende del vocablo *sphragiούmenos*. Lo mismo cuando a los *nobiles* romanos los designa (18) con términos como *epiphanestátous kai beltístous*, «*los más visibles y los mejores de los ciudadanos*» en traducción sumamente literal. Tal vez es una transliteración de un *viginti annos natus*, edad de Pompeyo, el (19) *étē men eíkosi kai tría gegonós*.

Se puede decir que, cuando Plutarco *presume* de desconocimiento de la lengua latina debido a otros menesteres, no sólo nos hace dudar de su afirmación, sino que permite que nos demos cuenta de su calidad de artista, ya que tiene el acierto de tornar a su favor las dificultades lingüísticas que se le presentan, logrando con una selección de los vocablos griegos iluminar con un imponente flash los colores, las formas, el ambiente, etc. de la imagen que pretende comunicar, aunque para ello tenga que cambiar un *kléa andrōn* (=imagen homérica de la *aretē*) por un *érge thaumastà* «*hechos dignos de admiración*» (21), posiblemente en un esfuerzo pedagógico por adoptarse al lenguaje llano de sus contemporáneos. Las ideas no pueden caminar sino a través de la palabra, del *lógos* que diría un griego, aunque estas puedan iluminarse, al modo de Platón y Gorgias, por medio del mito; nosotros intentamos recorrer el camino al revés y nos adentramos en el prototipo de hombre que Plutarco está diseñando, que además se mueve en un *status* determinado; cf. al respecto lo que dice Rostovtzeff, M. (22), cuando afirma que a partir de Augusto, las ciudades de las provincias orientales, excepto Egipto, permanecieron tan independientes como antes o lo fueron más que nunca, de modo que Augusto no hizo la menor tentativa de cambiar las condiciones sociales de ellas, y añade que el gobierno de la ciudad con sus magistrados y su *boulē* era un medio excelente de llegar a las masas, de modo que toda alteración del sistema hubiera sido insensato y poco digno del temperamento práctico romano. La mente de Plutarco contacta con las exigencias sociales tanto griegas como romanas, pero a nivel heleno, como hombre sumamente culto, está conformada diacrónicamente, arrancando desde Homero, pero pasando a través de los grandes escritores helenos que dejan en él huella indeleble; así lo tucidídeo es fácilmente apreciable cuando, ante una *antigua ley romana* (23) se le revela como una especie de *mēnis* (cf. Il., I, 1), con la brutalidad y soberbia de un Agamenón ante Aquiles, responde:

«¿no parareis», dijo, «de leernos leyes a nosotros que ceñimos espada?»

Cf. el diálogo de los melios de Tucídides (24):

«*ATENIENSES.*—...*Guardaos de ello si pensais cuerdamente y no penséis deshonoroso el ceder ante la ciudad más poderosa... (el subrayado es nuestro).*»

En definitiva, está revoloteando la *Macht-Polittick* de Schwartz (25), es decir, la *doctrina del más fuerte*. Citamos por su interés al respecto unas líneas del libro que el Dr. Alsina dedica al famoso general y escritor ateniense (26):

«*Fuerza y Derecho*

La primacía de la fuerza sobre el derecho es una de las nociones fundamentales que Tucídides fue elaborando en el marco del desarrollo griego de la gran guerra...»

«... *la fuerza es el derecho y el derecho es fuerza.*»

(Bayer, Erich, *Thukydides und Perikles*, en «*Würzb. Jahrb*» 3 (1984), p. 32 y ss.).

No vamos a hablar, para no extendernos demasiado, de las huellas herodóteas, como cuando da dos versiones distintas que le ha llegado a través de sendas fuentes, etc.

Es indudable que Plutarco sabe sacar partido de la dificultad que supone verter conceptos de una lengua a otra, y ello lo consigue superponiendo su subconsciente lingüístico heleno. Como dice *Schlieben-Lange* (27):

«*La lengua crea identidad. Las naciones y —quizás aún en mayor medida— los grupos minoritarios en general se definen por su lengua común.*»

Y más abajo:

«*Cabe distinguir una doble función —interna— de la disgregación lingüística. Actúa como defensa hacia el exterior y como cohesión hacia el interior.*»

Y en otra pág. (28):

«*Pero la lengua no sólo crea grupos sociales y les permite existir como tales; también la manera como la sociedad capta la realidad sigue estando forjada lingüísticamente.*»
(el subrayado es nuestro)

En resumen, Plutarco ve el mundo romano desde coordenadas helénicas, que no es

ni más ni menos que trasladar al mundo antiguo como una realidad sociológica lo que Brigitte Schlieben-Lange afirma cuando dice (29):

«... la lengua como símbolo identificativo es la única posibilidad de auto-definición....»

NOTAS

- (1) Martinet, A. Elementos de Lingüística General. Biblioteca Románica Hispánica, Gredos, Madrid 1974, pág. 180.
- (2) Il. XI, 784; VI, 208.
- (3) Dodds, E.R. Los griegos y lo irracional. Traducción de M. Araujo. Revista de Occidente. Madrid 1960.
- (4) Vida de Dem. II, 2.
- (5) Comparación de Sila-Lisandro, I, 5.
- (6) Jones, C.P. Plutarch and Rome, Clarendon Press, Oxford 1971.
- (7) Vida de Sila, XXXVII, 7.
- (8) o.c.
- (9) Vida de Pomp. II, 4.
- (10) o.c. cap. XI.
- (11) Vida de Pomp. II, 5.
- (12) Ib. II, 10.
- (13) *sykophántês*: «delator público».
- (14) Vida de Pomp. IV.
- (15) Aristóteles, Constitución de Atenas. Biblioteca Española de Escritores Políticos. Clásicos Políticos. Instituto de Estudios Políticos. Traducción de Antonio Tovar, Madrid 1970. Cf. la edición catalana de la «Fundació Bernat Metge», doble text, traducción de J. Farrán i Mayoral, Barcelona 1926, primera que se hizo en una lengua del mapa lingüístico hispano.
- (16) Vida de Sila, XVII, 13.
- (17) Vida de Pomp. V, 1 y ss.
- (18) Ib. VI, 1.
- (19) Ib. VI, 5.
- (20) Vida de Dem. II, 4.
- (21) Vida de Pomp. VIII, 6.
- (22) Rostovtzeff, M. Historia social y económica del Imperio Romano. Espasa Calpe, Madrid, 1972, vol. I.
- (23) Vida de Pomp. X, 3.
- (24) Tuc. V, 111, trad. de Rodríguez Adrados, F. Ed. Hernando, Madrid, 1952.
- (25) Schwartz, Das Geschichtswerk des Thykydides, Bonn 1919, reed. 1969.
- (26) Tucídides. Historia, Ética y Política, del cap. «VI. Los críticos tienen la palabra».

- (27) Schlieben-Langue, Brigitte, *Iniciación a la Sociolingüística*. Biblioteca Románica Hispánica. Gredos. Versión española de José Rubio Sáez, Madrid (1977), pág. 16.
- (28) o.c. pág. 17.
- (29) o.c. pág. 130.